

REVISTA DEL TURIA.

CIENCIAS, LETRAS, ARTES, É INTERESES GENERALES.

La correspondencia literaria se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TURIA **D. Joaquín Guimbao**, Albarracín ó Teruel.

No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos. Véanse los precios de suscripcion en la cubierta.

CENTENARIO DE CALDERON.

La gran festividad nacional se acerca. España entera está embebecida en la preparacion del 2.º centenario de Calderón de la Barca, cuyo recuerdo será de imperecedera memoria. Teruel tomará parte en la solemnidad hasta donde lo permitan sus fuerzas y todas las clases sociales de nuestra ciudad llevarán su óbolo para mayor lucimiento de la fiesta.

La REVISTA DEL TURIA, publicará como tiene prometido, un número extraordinario, dedicado todo al inmortal autor de *La Vida es Sueño*.

Invitamos por última vez á todos nuestros colaboradores, á que nos honren con sus trabajos literarios para el nacional objeto, remitiéndolos á esta direccion, hasta el dia 21 de Mayo lo más tarde.

Sin reparar en los gastos y para coronar nuestro obsequio al príncipe de los poetas dramáticos, en la primera página de la REVISTA DEL TURIA regalaremos á nuestros suscritores el retrato de D. Pedro Calderon de la Barca.

Una advertencia final sobre el próximo acontecimiento.

Se nos asegura que el local destinado para verificarse la sesion lírico-literaria, es el salon de actos públicos del Ayuntamiento de Teruel.

No aprobamos la idea aunque respetemos los móviles.

El salón de sesiones de las Casas consistoriales es en exceso pequeño para el acto y más de la mitad de los hijos de Teruel verán defraudadas sus esperanzas de asistir á la conmemorativa funcion, siguiéndose de aquí los naturales disgustos.

Además el *Centenario de Calderon* es una fiesta de carácter eminentemente nacional, y todos sus detalles deben saborearlos todas las clases sociales. ¿Pero acaso Calderon de la Barca, no debe su gloria á sus producciones dramáticas?

Pues entónces nada mas natural que la fiesta se verifique en el Teatro de Teruel; puesto que el *Teatro Español* dióle su inmortal corona.

Solo este local es capaz de cobijar á todos los turolenses y satisfacer las naturales aspiraciones del público en general.

A la respetabilísima clase que mues-

tra cierta repugnancia el Teatro por ser local de espectáculos públicos y profanos, le recordaremos que, el *edificio* nada tiene que ver con las *egecuciones* más ó menos mundanas que suelen tener lugar en esta clase de locales.

Y por fin el *Centenario de Calderon*, es un acontecimiento tan excepcional y grande, que á su sombra deben desaparecer preocupaciones pueriles.

Esperamos se tengan en cuenta por la comision directiva nuestros leales consejos.

La Direccion.

QUINCENA MADRILEÑA.

12 de Mayo de 1881.

Llegó el Dos de Mayo y amaneció un día magnífico. Como de costumbre desde las primeras horas de la mañana se llenó el Prado de mujeres bonitas, salió la procesion civica y en lo mejor de la funcion se cubrió el cielo de nubes y cayó un chubasco espantoso.

—Pero han visto VV. que tiempo! decia uno.

—Es el mas propio del momento histórico en que nos hallamos, contestó otro: las nubes lloran de pesar al ver la ingratitude del pueblo de Madrid.

—¿Qué dice V.?

—No hay mas que ver el Obelisco: ni una corona ni un recuerdo.

—Soy guarda desde que se inauguró este monumento, dijo un viejo mezclándose en la conversacion y este es el primer año en que ha pasado lo que VV. lamentan.

—Yo lo celebro, exclamó otro de los circunstantes.

Hay que acabar con estas fiestas que recuerdan rencores entre naciones que son amigas.

Por mi parte opino que esta fiesta nacional, lo que recuerda es el heroismo de un pueblo y la admiracion hacia el de su legitimo heredero, debe por tanto continuarse; lo que no quita para que amemos con efusion á los que fueron entonces nuestros enemigos.

Los tomadores aprovecharon la aglomeracion de gente para operar con ventaja.

Los relojes y portamonedas cambiaron de dueño con maravillosa rapidéz.

Un jóven elegante acompañaba á una mamá y dos niñas.

—Señorito, claveles, le dijo una florera.

—Es verdad, exclamó el galan, tomen ustedes los que quieran.

—Ay! no por Dios! murmuró la mamá.

—Muchas gracias, no se moleste V. añadieron las niñas bajando los ojos.

El galan insistió y al fin se decidieron á aceptar las flores.

Pero no fué esta la mas negra, sino que no encontraba el portamonedas. Busca en este bolsillo, registra en el otro y nada no parecia.

—Pues señor me han robado el dinero, exclamó.

—No se apure V. yo pagaré, dijo la mamá; y á los pocos segundos se notó en su rostro la espresion del dolor.

Tambien su portamonedas habia desaparecido.

—Nos han desbalijado...!

—Eso no importa, contestó la florera, llévense los claveles y cuando pasen por la calle de Sevilla me los pagarán si se acuerdan.

Gracias á esta generosidad pudieron las niñas llevarse los claveles; pero parece que le han salido caros al galan.

Las elecciones municipales han dado estos días á Madrid una animacion inusitada.

Los candidatos recorrian los colegios, procurando que nada faltase á los electores. A la legua se les conocia. ¡Que finos para saludar! que apretones de manos! ¡que interés por la familia!

Despues del triunfo ya es otra cosa: entonces la oracion se vuelve por pasiva... Los que salen mejor librados son los muñidores.

—Pero hombre, decian á uno, V. trabaja por todos los partidos.

—No lo crea V. trabajo por el mio.

—¿Y cuál es el de V.?

—El de comer y beber bien siquiera cuatro días en dos años.

Con efecto al mismo tiempo que la urna llegan al Colegio electoral los mas sabrosos manjares, los vinos mas apetitosos y los más variados pastelillos.

Al lado de la *mesa* en que se vota hay dos

ó tres, según los candidatos, en las que se come. Como no están juntas hay algunos que pueden disfrutar del festín en todas.

—¡Que estómago tiene ese hombre! decían de un elector que tomó un pastelillo en la mesa conservadora, jamón en dulce de la ministerial y un alou de pollo en la democrática rociando en todos los manjares con Burdeos, Cariñana y *sin Champagne*.

Eulogio Florentino Sanz, el gran poeta que vivía ignorado y casi olvidado, ha vuelto á llamar la atención pública para darle el eterno adiós.

Desde hace quince años no se le veía mas que en el Casino. Allí derramaba las perlas de su ingenio; sin recibir en cambio mas que la conmiseración platónica de muchos y la práctica de algunos.

La pereza y la pobreza eran las únicas musas que no le habían abandonado. Así es que al morir, la amistad ha tenido que acudir en su auxilio. Su féretro pasó por delante del Teatro Español, y allí artistas y poetas le hicieron los honores que alcanzaron Breton, Vega, Serra y Ayala.

Pero deja una viuda y como con los productos de su ingenio peregrino, esparcidos hoy podría formarse un libro preciosísimo, es de esperar que los reunan y que se repita lo que se hizo con el malogrado Zea.

El Ateneo honrará su memoria dedicándole una velada. Esto no basta. Hay que conservar toda su obra, para honra de las letras españolas y beneficio de la buena y generosa mujer que ha sabido comprenderle y compartir con él las amarguras de la pobreza.

La Sociedad de acuarelistas ha inaugurado la Exposición de los trabajos de sus socios. Faltan en ella este año nombres célebres en la esfera del arte, pero en cambio abundan acuarelas de mérito.

Los preparativos para la Exposición de Bellas Artes están ya terminados. Hoy y mañana barnizarán los cuadros los artistas y después cuando S. M. el Rey designe el día, se inaugurará ese certamen que según cuentan los bien informados va á ofrecer á la admiración agradables sorpresas.

El mes de Mayo nos va á dejar rendidos: exposiciones artísticas, de horticultura, de ganados, de flores y pájaros, de mujeres bonitas, de forasteros: carreras de caballos; las fiestas del Centenario, las ferias funciones extraordinarias en el Teatro Real.

Madrid va á parecer durante algunos días un pequeño París.

De todo cuanto ocurra daré oportuna cuenta.

Un precioso discurso pronunció el ilustrado orador Sr. Sauromá en el Fomento de las Artes.

Habló de la esclava y estuvo inspiradísimo.

—Desea la libertad de las siervas, decía una dama y sin embargo con su palabra esclaviza nuestro corazón.

—En clase de esclavas, añadió un egoísta no me agrada mas que una: la esclava de su galán.

Que verdad es que lo sublime lleva cerca de sí lo ridículo.

—El hecho de disparar petardos, ha dicho un periódico atribuyendo esta sentencia á un alto cuerpo consultivo, debe calificarse de diferente modo para el castigo según la intención con que aparezca cometido el delito. No hay intención de causar daño? Pues es una falta. ¡La hay!

Pues es un homicidio ó un incendio frustrado.

¿Qué petardista va á confesar que ha tenido intención dañina?

He aquí un acto trágico llamado á convertirse en sainete.

Una mujer muy guapa vendía flores en la calle de la Montera y un galán enamorado de su donosura comenzó á echarla flores. La cosa no habria pasado de *floreo* sin una espina que salió al encuentro del galanteador en forma de marido de la florera.—Este disparó un tiro al tenorio y le rompió un brazo.

Los caballos del coche del Ministro de Hacienda, se revelaron la otra tarde y partieron desbocados.

El Ministro iba dentro; pero el arrojó de

un joven oficial del cuerpo de seguridad detuvo el impetu de los corceles y evito muchas desgracias.

—Al cambiar de ministerio debian de cambiar de caballos los coches de los ministros decia uno ¿Puede dudarse despues de lo ocurrido esta tarde que son de oposicion los del coche del ministro de hacienda?

Empiezan los apuros.

Los españoles somos así; todo lo hacemos á última hora... ¡verdad es que la única manera de que hagamos algo de provecho!

La fiebre de la actividad se ha comunicado de una manera eléctrica á todos cuantos están llamados á contribuir á las fiestas del Centenario.

En los trece dias que faltan vamos á hacer prodigios.

Julio Nombela.

UN CAPRICHOS DE MI PLUMA.

Pues señor....

Ello es que quiero escribir un artículo y... tengo la seguridad de escribirlo.

Y no porque en este momento sienta de pródiga inspiracion rebosar mi mente, no; es que mi pluma siempre caprichosa como mujer coqueta á los veinte años, incítame á ello poniendo en tortura todos los resortes de la imaginación.

Necesito pues una idea.

¿Sabeis lo que es una idea, lectores?

Un átomo luminoso en el cielo de la inteligencia, que expansionándose con vertiginosa rapidéz al soplo de inspirados pensamientos, va dando vida primero á una línea, luego á un perfil, mas tarde a una figura, á un grupo, á una creacion perfecta en fin, que representa la fuerza del génio.

El verbo, la pluma; el buril y el pincel son los fieles ejecutores de la idea...

Pero, ¿de qué voy á hablar á mis queridos lectores?

Ecco il problema.

Una balumba de periódicos tengo ante mi vista. Algunos centenares de libros me rodean.

¡Ba! Para decir algo de lo que dicen los libros y los periódicos, no merece la pena de escribir.

Tengo hecha una observacion. Cuesta mas trabajo á una inteligencia bien organizada *hacer arreglos*, que discurrir por su propia cuenta.

Ignoro lo que sucederá á los *plagiarios*, de profesion, pero á mi se me subleban de tal manera las letras de imprenta que representan la inspiracion de otro escritor, que si alguna vez he intentado tal felonía, los caracteres tipográficos, efecto de una alucinacion merecida, helos visto bailar ante mis ojos haciéndome horribles muecas como las brujas á Macbeth, y cual diablillos infinitesimales que en vano trataba de aprisionar mi pluma, gritarme con atiplada voz en discordante coro:—¡Ladron!

Gráfica verdad. El que se apropia escritos que no son suyos es un ladron de *nombre*. Sin embargo hay hombres *aprovechados* que encuentran esto muy natural.

Abandonémoslos á su inspiracion... agena, ya que no merecen otra cosa.

Y prosigo.

Ya tengo una idea. Todo me convida á desarrollarla.

La pluma rasgnea el papel con febril contento. Mi gabinete está *confortable*. A través de los cristales, corazas transparentes entre el frio y mi persona, distingo un giron de cielo mas azul que los ojos de una encantadora rubia amiga mia, y menos brillante que los de una morena aun mas encantadora que tiene tambien mis simpatias.

Los rayos del sol burlándose de la fortaleza del matinal rocío cuyas plateadas aristas se deshacen en lágrimas al recibir sus ardientes besos, llegan hasta mí hiriéndome dulcemente. La

soledad me rodea. El murmullo lejano del río hace rítmico dúo á mi tranquila respiración. Empecemos.

¡Diablo!..... ¿Y la idea? Aburrída de mis elucubraciones poéticas, desapareció en los más ocultos laberintos de mi cerebro... ¡Ah! ¡Ya!... Iba á escribir un *Madrigal*. Adelante. Cuestión de consonantes, una ráfaga de inspiración y un recuerdo grato. Escribo:

Una tarde serena del estío
Asidos de la mano, palpitantes
De amor.....

..

—¡Papá! ¡*Papica* mio!... oigo gritar á una argentina voz al otro lado de la puerta de mi despacho... ¡Ay Dios de bondad!... Mi *Madrigal* va á convertirse en *Villancicos*... Un martilleo que da placer hiere mis tímpanos... ¡Adios ideas!...

—¡Papá! ¡papá! ¡papá...a...a!... Quiero darte un *besin*... abre la puerta!

(He de advertir á mis lectores que tengo una hijita, única, de cuatro años, linda como una violeta y dulce como un caramelo del cielo. Cuando habla se rien los ángeles, y sus besos son para mí lo que la brisa para las flores; porque refrescan mi alma. Una niña precoz, con una precocidad que me espanta. ¡Los niños precoces suelen morir pronto!)

—Oye ángel mio, déjame escribir; estoy ocupado.

—Yo también quiero escribir, papá.

—Mas tarde, hija mia, mas tarde.

—Pues dame *uno* beso.

Tengo que levantarme irremisiblemente. ¿Quién niega un beso á una hija?

—Bien, eso bien. Toma uno... dos... tres. Ahora monina, vete, te doy permiso para tirar las orejas á *Sultan* (un perro inglés.)

—Si, pero... ¿eres mi novio papá?

—Si hija mia, si... digo no... no— ¡si eso no puede ser... porque... (Vaya

usted á explicar á una niña de cuatro años *el porque*, su papá aunque sea muy joven, no puede ser su novio.)

—Pues si no eres mi novio, me enfado. *Mira* papá... una miradita de amor! Y al decir esto entorna los ojos con la gracia que acostumbra, salta sobre mis rodillas, arrebata la cuartilla que estoy garrapateando y desaparece cantando:

*No me mates, no me mates,
Déjame vivir en paz, etc.*

—(¿Y qué remedio? Me ha robado un cuarto de hora, pero en cambio con sus besos ha escrito un poema en mi alma.

Vuelvo á cerrar la puerta y continúo.

..

Una tarde serena del estío,
Asidos de la mano, palpitantes
De amor los dos bien mio
Nos miramos amantes,
Y al dulce murmurar del viento leve
Que agitaba tus rizos...

«que agitaba tus rizos»... «que agitaba tus rizos»... pues señor, he aquí cuatro ó cinco ideas que endividias unas de otras se agolpan de una vez á mi cerebro deseosas de convertirse en *endecasílabos*... y el caso es que todas me gustan. ¿Y cómo no si este *Madrigal* está inspirado por un recuerdo de color de rosa? Voy á contarle á mis lectores.

..

Tenía yo 20 años. La escena en Valencia. Una tarde del mes de Junio, perfumada por los aromas de un delicioso laberinto de rosales, jazmines, claveles y malvasias, paseábame distraído tronchando tallos inocentes por una espléndida *huerta*. Leia con creciente interés esa bellísima producción novelesca de Honorato Balzac, titulada «*La piel de Zapa*». Era el momento en que la espiritual Paulina oculta

tras de los cortinages del misterioso dormitorio de Rafael, espia con amoroso afán, la terrible lucha moral que destroza á su amante, al ver disminuir el fatídico talisman, aquella horrible piel de *onágro*, á medida que se colman sus deseos. No hay remedio. —¡O renunciar á todos los atractivos y placeres de la vida, á su Paulina, al poder de sus riquezas ó morir!— Un suspiro de la hermosa denuncia su presencia; Rafael la vé y ante tanto amor y belleza desvanécense sus temores, olvida sus presentimientos y exclama arrojándose en sus brazos:— ¡La muerte contigo!—(Historia de siempre.)

Mis piernas flojeaban de languidez y mis parpados se cerraban. Sentéme bajo un techo de madre selvas y campanillas y soñé... El recuerdo de aquel sueño es el argumento de mi Madrigal. ¿Cómo no lo he olvidado? Quizás por lo mismo que no ha existido *la realidad* de aquel sueño.

Continúo.

Que agitaba tus rizos,
En tu frente mas pura que la nieve
Puse mis lábios sellando tus hechizos...

(El sello de unos lábios es tan tenue, tan ideal, que no deja huella en la piel pero se grava tanto en el corazón y á su roce se estremece de tal modo el alma que... contesten por mí los lectores de ámbos sexos y digan si han olvidado *el primer beso* dado á cambio de otro.)

Suave rubor apareció en tu cara
Y un suspiro de amor besó la mia,

(¿Habéis recibido alguna vez el beso de un suspiro? ¿No? Pues figuraos una flor invisible que os besa con su perfume y tendreis una idea.)

Y tu inocencia en este tiempo rara
Me pregunto con cándida alegría:

—«Por qué nunca me besas en los lábios?»
No supo responder mi pasión loca

Ni hubieran respondido otros mas sábios,
Pero al mirar tan rojos
Los hermosos corales de tu boca
De besos los cubri y...

—¡Señorito! ¡Señorito!... grita en este momento mi criada.

—Pero... ¡ira de Dios! ¿Es posible que no hayais de dejarme en paz? ¿Que sucede?

—Que está la sopa en la mesa... y como á V. le gusta *Valenciano*...

—¿Eh? ¿Qué?...

—¡Toma! ¡El arroz!

—¡Ah!... Bueno. Voy al momento.

Hábíame olvidado que estaba en el mundo y que para vivir se necesita comer. ¡Oh mundo de la prosa!

Otro día terminaré el *Madrigal*, queridos lectores. Entretanto contentaos con el artículo, *Un capricho de mi pluma*, que os habia ofrecido.

Joaquín Gimbao.

UN CORAZON VIEJO.

I.

Hay momentos en los que el hombre de más valor y más grande espíritu se siente cobarde y como sobrecogido de inexplicable espanto; en uno de estos, precisamente, se encontraba Luciano cuando al volver á su casa, y al sentarse junto al bastidor donde bordaba Carmen, vióse acometido de un indecible aburrimiento y de una mortal indiferencia.

En otras ocasiones, la mirada de Carmen llegando hasta el fondo de su pecho, llenábalo de una santa tranquilidad de un súbito regocijo, avivaba recuerdos que dormían, suscitaba esperanzas que alboreaban, y todos estos plácidos y alegres sentimientos se condenaban en una interna satisfacción que invadía todo su

sér y ponía en sus lábios una palabra dulce efusiva interminable, una locuacidad de niño, una charla de cortesano que repite la misma idea bajo mil formas distintas, buscando siempre lo vario bajo lo agradable. Le hablaba de sus amigos, de sus aventuras, de sus aspiraciones, mezclando de este modo lo presente con lo pasado y mostrándose tal como era: una alma apasionada, móvil, activa y tempestuosa.

Había obtenido triunfos en su carrera, había sido orador y despues político. Mas tarde, tentando la fortuna se metió en la Bolsa y jugó. Tras los azares del juego vinieron las tormentas del corazón, lo cual parece extraño, pero era hombre así. Y el dinero ganado con tan buena suerte lo derrochó en aventuras y en amistades improvisadas. Esto lo sabía su mujer, porque Luciano tenía el don de los hombres apasionados: la franqueza, sus extravíos lo mismo que sus ideas no quedaban en el fondo de la conciencia, subían á flor de agua, se hacían transparentes.

Lanzado al mundo antes de los quince años, complicado en todas las peripecias de la vida política, traído y llevado por las corrientes de la pasión, había vivido mucho en breve tiempo. Libó de todas las flores posibles; paladeó el vino de todas las embriagueces, desde el beso de la virgen hasta la alegría insólita y profunda del jugador que ve sus bolsillos atestados de oro. Y para que los contrastes fuesen más violentos, despues del derroche apareció la pobreza; pobreza relativa, si se quiere, porque su padre había muerto intestado, y creía tener cierto derecho á unas magníficas dehesas próximas á Toledo, llamadas allí *guadalcerzas*, que le disputaban los parientes de su madre. El litigio fué de rigor.

Tal vez su actividad y su perseverancia hubieran apresurado el desenlace, pero olvidado de demandas y notificaciones, de notarios y leguleyos y pensó en Cármen. Tres meses despues estaba casado.

Como Cármen era rica, Luciano pudo salir á flote. Además de esta riqueza poseía otros encantos naturales que la sublimaban sobre el vulgo de las de su sexo. Era mucho más bonita, era adorable. Mas bien blanca que rubia, tenía la languidez propia de las mujeres meridionales y cierta gracia natural y cierta timidez sin afectación, que producían al presentarse en cualquier parte, singular encanto y una como corriente magnética

de simpatía. A esta belleza exterior de su espíritu, á este conjunto de cosas agradables unía la distinción de sus maneras. Tenía formas aristocráticas sin haberlas heredado.

Su carácter armonizaba con la impresión que producía su rostro, su mirada, el tono de su voz y hasta su particular belleza. Era dulce, como su imaginación quieta y reposada, con un fondo permanente de pureza. Sin embargo, cuando se aferraba á una idea llegaba hasta la tenacidad, lo cual es propio y forma como un contrasentido en algunos espíritus débiles y afeminados.

Esta era la esposa de Luciano hacia cinco meses.

Accediendo á sus repetidas instancias volvió á activar el pleito que dormía en la curia, pagando á los ministriles sus enormes atrasos.

II.

Ahora volvamos á nuestra tésis. Estos antecedentes eran necesarios para poder juzgar el estupor de Luciano, cuando la mirada de Cármen nada dijo á sus ojos, cuando se encontró sin voz y sin ideas á su lado, cuando sintióse frío y exánime en presencia de aquella hechicera criatura. En el primer momento llevóse la mano al pecho y oprimió su corazón, imaginando que había cesado de latir. Admirada Cármen de tan largo silencio le dijo:

—¿Qué te pasa? ¿no hay nada que contar á tu mujercita? ¿De dónde vienes?

—Pues mira, dudo que pueda satisfacer tu curiosidad. Casi no sé de donde vengo.

Cármen le miró con estrañeza. Luciano añadió dos ó tres frases de escena, protestando para retirarse un cierto malestar, una pesadéz grandísima de cabeza.

Se engañó á sí mismo, creyendo que en efecto podía ser un estado del alma pasajero. El golpe estaba dado, y una resolución interna le operó pacíficamente en su espíritu. Desde aquel día sus deseos, sus afectos, su imaginación, flotaron entre la indiferencia y el hastio. En Cármen encontró un adorno especial, un juguete de lujo, un joyero más ó menos bonito que podía poseer, y poseía, sin interesar á sus sentidos.

Contra este alucinamiento invocaba el recuerdo de su pasión, los incentivos de aquel último amor, el cariño de aquella

mujer que le había arrancado de la vida misera y aventurera para constituirlo en familia y regalarle en recompensa la felicidad. ¿Cómo dudarle? había sido feliz en sus brazos. Bajo el azul de sus ojos como bajo el azulado cielo había sentido el deslumbramiento de lo infinito, la voluptuosidad de la luz, el interno placer que produce la contemplación del abismo celeste, óptica de una viva imaginación que sueña con lo imposible olvidándose de la tierra. Pues bien: todos estos recuerdos eran ineficaces para despertar de nuevo su sensibilidad. Parecía que una súbita sacudida había como atrofiado aquella viscera que representa la vida del sentimiento, los entusiasmos y las expansiones. Su corazón como un viejo gastado carecía de fuerzas hasta para sentir el espolazo del deseo. Esperó inútilmente una semana y luego un mes. Lo que más le mortificaba era el disimulo. Aquella careta que podía desfigurar algún tanto la deformidad de su hastío, le era insostenible. Entonces recurrió al expediente de los maridos incorregibles en sus locuras. Finigió que la tramitación del pleito reclamaba todos sus cuidados y pasaba los días fuera de casa.

Luciano tenía un amigo que le llevaba algunos años y además era viudo; dos circunstancias que parecían darle más experiencia y conocimiento de las cosas de la vida. Luciano al menos se los daba, razón por la cual se presentó á pedirle consejo. Una vez en el despacho y cerrada la puerta le dijo:

—No sé, Alberto, si habrás pasado por lo que yo paso, pero te confieso de veras que haría cualquier sacrificio por ahorrarme semejantes disgustos.

—Veamos de qué se trata, repuso Alberto contemplando el rostro adusto oscuro, moreno y casi bronceado, de su amigo.

—Acabo de ver á Carmen...

—Se trata de tu mujer? me lo figuraba. Es una epidemia contemporánea que ataca á todos los recién casados. ¿con quién la has visto?

—No es eso. Dejame concluir la frase. Acabo de ver á Carmen llorando. A mí no me veía porque ha sido una sorpresa de mi parte. Estaba sola, en su tocador, enjugando sus ojos. La ví y la dejé indiferentemente.

—Y tú como si tal cosa. ¡Muy bien! ad-

mirable! pero permítame que te lo diga: tú no tienes sentido.

—No es eso. No olvides como la conocí y como nació nuestra pasión. Hoy, querido Alberto, nuestro pasado no existe. No hay afecto posible que nos una. Es ya una figura borrosa para mi imaginación. Es mujer... es bella... no la deseo.

—¿Acabáste? ¿ignoras acaso que debe haber una higiene para el alma lo mismo que para el cuerpo? Tal vez estás hastiado de tu mujer... Tú no eres joven, y sin embargo te has precipitado como los jóvenes. Has hecho el viaje de cinco meses en quince días... Pues mira, la felicidad del matrimonio es como un reloj descompuesto; unas veces atrasa y otras adelanta. En saber esperar la hora estriva el ingenio del marido. Lo preveo y lo temo... tú vives adelantado.

—Tampoco es eso.

—¿Tampoco? pues entonces ¿quién diablos te entiende?

—Escucha. La pasión momentánea, las fuerzas físicas... comprendo que se agoten; pero la energía moral, el cariño, el afecto vivo... ¿ves que inmensa desgracia? yo no amo á Carmen. Aquí repetía Luciano golpeando su pecho como un ardiente devoto, aquí no existe nada para ella. Yo sufro.

—Es extraño. Pero ante todo, un consejo y concluyamos. Lo que no hallas en casa búscalo fuera. Antes que sufrir envejeciendo es preciso distraerse derrochando. Ahora no vayas á tomar las palabras al pié de la letra: me refiero al espíritu, al esparcimiento del ánimo, á la alegría sensata, á los placeres que no embrutece. ¡Quién sabe! á veces los empalagosos manjares del banquete nos traen á la memoria, el sencillo guisado de nuestra mesa. Bueno será que pruebes.

Y Luciano se despidió de su amigo prometiéndole hacer la prueba.

Mas sucedió que si antes pasa los días fuera de casa, ahora fueron las noches y hubo que poner á su amigo Alberto punto menos que á las puertas de la muerte para ir á velarlo con frecuencia. Carmen celosa llegó á percibirse de los trapicheos de su marido, y un día reuniendo todas las fuerzas, concentrando sus pequeños furrores en una explosión suprema le dirigió esta pregunta:

—¿Dónde pasaste ayer la noche?

—Naturalmente... dijo él con visible contrariedad, en casa de Alberto. Ya sabes como se encuentra... y como sigue grave.

—Te equivocas... ¿Qué te hice yo para que así me abofetees? Tú no puedes disimular ni disfrazar tu rostro; leyendo estoy en tus ojos: me burlas.

Callaba Luciano, puesto según expresión vulgar entre la espada y la pared. Mal si le mentía y peor si le confesaba la verdad. Entonces trató de recurrir como un pecador cualquiera al arrepentimiento:

—Perdón Carmen mía, perdóname... ya sé que no lo merezco... ya sé que no es correspondiente a tu cariño... Fué una debilidad que no volveré a tener, yo te lo juro.

Mirábalo ella con asombro. Estas palabras dulces y sentidas contrastaban desde luego con la dureza y la inmovilidad de su semblante. Una estatua de piedra que pudiera hablar hubiérale causado menos efecto; parecía imposible que Luciano se espesara de aquel modo. ¡Ah! si el hielo de los estancos tuviera algún tiempo voz, hablaría con menos frialdad seguramente. Carmen tornó á mirarle y no le vió: sus ojos se arrasaron en lágrimas. Corrió á su alcoba porque Luciano no la observara, porque necesitaba estar sola y darse cuenta de aquella triste realidad que le abrumaba. Así pasó la noche.

Al otro día, siguiendo la conducta del arrepentido almorzaba Luciano en compañía de su mujer. Aunque Alberto no intervenía como abogado en la cuestión del pleito, supo por una coincidencia el fallo del tribunal, y olvidando por completo su papel de enfermo gravísimo, se presentó en casa de su amigo. Imagínese el disgusto de Luciano y la pena más honda y más acerba de Carmen, al ver confirmada con la presencia del supuesto doliente hasta la última de sus sospechas.

—Soy el primero dijo Alberto, en traeros la noticia que menos esperabais en este momento.

Que sea en hora buena. Las magníficas dehesas de Toledo, son nuestras. Es un verdadero capitalazo. Conque buen provecho os haga y...

Ambos callaron al oírle. Alberto continuó aunque contrariado:

—¡Bonito recibimiento!... ni siquiera me dais las gracias.

Luciano se apresuró á levantarse.—Dispénsame querido; ninguno de los dos estamos bien. Yo debo tener fiebre, y por eso me ves así.

—No lo niego, pero ¡que diantre! no será para tanto. Cualquiera pensaría que he venido á despedir algún duelo.

Después le ocurrió de pronto. Cayó en

la cuenta de la enfermedad imaginaria; ya no tenía remedio.

III.

Conseguían lo que tanto habían deseado: eran riquísimos. Luciano podía realizar sus sueños de banquero: *hotel* en la Castellana, coche á la puerta, una gran cruz, numerosos amigos etc... etc... y ni siquiera pensó en eso. Recibió el dinero que encontraba por las puertas de su casa como recibiera al lodo de las calles en un día de lluvia: con la mayor indiferencia. Supuso que el enfriamiento de su corazón constituía una oculta enfermedad y marchó á París para consultar á la ciencia médica. En España ¡verdadera desgracia! no debía de haber quien comprendiese su dolencia. Después pasó á Alemania, recorrió la Suiza y se instaló por algún tiempo en una casita de la pintoresca Niza.

Cuando al cabo de seis ó siete meses de viaje se presentó en su casa Carmen le encontró desconocido. Había engrosado bárbaramente, traía un voraz apetito y una ansia de buenos bocados que no se satisfacía con nada. Tenía momentos de lucidez, ó más bien, de melancolía, y momentos de una alegría loca y desenfrenada. Hablando de esto con algunas amigas decía Carmen:

—No sé lo que le dá. Ayer mismo se destornillaba de risa... pero él solo.

Tan saludable cambio lo atribuía al agua medicinal de unas botellas que trajo del extranjero.

Esa agua tenía la particularidad de poder beberse á cualquier hora del día ó de la noche. Las consecuencias del susodicho cambio se dejaron sentir bien pronto. Reunióse con sus antiguos compinches y volvió á jugar con mayor locura que antes. La banca se estableció en su casa, y pasaba las largas noches rodeado de diez ó doce *puntos* que se divertían y le saqueaban de lo lindo.

Consuelo misma, la leal amiga de Carmen la hizo observar, llevándola una tarde á su habitación, las frecuentes visitas de Luciano á cierta viudita joven, vecina suya por más señas.

Otra noche, en un baile de máscaras, sobre la mesa del improvisado café volaron media docena de botellas y se promovió un escándalo mayúsculo. La opinión pública señaló á Luciano como su verdadero autor. Al mismo tiempo corría la voz de que en cierta ocasión que Carmen

le había pedido explicaciones de su conducta, le había alzado la mano y.... ¡Ah, pero el portero sabía cosas mucho más gordas!

Así es que en el concepto general de las gentes, iba desmereciendo de tal modo que los menos le acusaban diciendo: que estaba lunático; otros que había traído vena de loco; los mas opinaban que debía concluir mal.

Preguntado en el casino el Doctor Beniter médico y amigo de la casa contestó sobre poco más ó ménos con las siguientes palabras:

—Qué quieren ustedes que les diga, la manera de ser de nuestra juventud crea en nosotros una segunda naturaleza; todo depende de esto. El que se educa en el trabajo, acaba por ser laborioso sin dificultad; el que se entrega al vicio, vuelve por recurso á sus antiguas mañas. El vicio es una querida que no deja tan fácilmente como algunos suponen. Con todo, hay excepciones; pero temo que nuestro amigo Luciano confirme la regla general.

Cruzaba una noche Cármen por delante del cuarto de su marido y oyó ruido de vasos, de botellas, una algazara infernal, unas voces roncadas y descompuestas. Dirigióse á la puerta de escape de la alcoba, la entornó y miró. Al rededor de una mesilla estaban sentados y en actitudes algun tanto grotescas seis ó siete personajes desconocidos totalmente para ella. En aquel momento Luciano caído en el suelo se levantaba tambaleándose. Reíanse todos con innobles muecas, bebían á sorbos y se daban palmaditas en el vientre. Entonces pudo observar que las botellas que se iban apurando con tanta broma eran las mismas del agua medicinal.

Cármen quedó como petrificada, y sus rodillas empezaron á doblarse. Con horror lo veía y desde lo último de su ser protestaba de aquel inmerecido castigo. La cruz abrumaba al hombre ¿cómo no había de anonadar á la mujer?

Al mismo tiempo se oyó una canturía rasgada y rufanesca que dominó la confusa palabrería que allí sonaba y que dijo así:

Las penas que por mi pasas
nunca las podré olvidar;
aun que me quiten la vida
las que tú me haces pasar.
Indudablemente todos estaban borrachos.

José M. Matheu.

AMOR PARISIENSE.

IV.

«¡Oh serpiente oculta entre flores, tirano lleno de encantos, demonio angélico, buitres con plumas de paloma, lobo con piel de cordero, vil sustancia radiante! ¡Oh naturaleza! ¡Qué te queda que hacer en el infierno cuando has puesto el alma de un condenado en el paraíso de su cuerpo!....»

SHAKSPEARE.

El gabinete núm. 3 de la célebre Maison Dorée en el boulevard Montmartre, era en 1867 el cotidiano, ó mejor dicho el nocturno punto de reunion de casi todos los españoles que residíamos á la sazón en la imperial villa. Emigrados políticos, de todas gerarquías, con todos los matices de la celebridad del talento y de la fortuna; viajeros *neutrales* de todas las aristocracias, y sin otra misión que la de gastarse bonitamente el dinero en la moderna Babilonia; hombres de negocios, atraídos por la sed inextinguible del lucro á aquel inmenso manantial de especulaciones; artistas resignados á vivir en Francia de sus obras, muy admiradas, pero muy mal pagadas en la agrícola madre Iberia; tal era en su conjunto la corta sociedad española que desde las doce de la noche en adelante, es decir, desde la hora en que, con raras excepciones, ya está uno cansado, tanto en Madrid como en Vélez, de oír al sereno desde la cama, iba con exacta constancia á aquel rincón del novelesco y famoso restaurant.

¿A qué íbamos allí? A muchas cosas. Allí íbamos, primero, porque aquel cuartito españolizado era hasta cierto punto la inolvidable, la dulce, la amada patria. En él se recibían y se daban, en español, noticias de España; se leían cartas y periódicos españoles; se discutía y se murmuraba en castellano más ó ménos puro, pero castellano; se entraba, en fin, diciendo: *buenas noches*, y se salía exclamando: *adios, señores*; y esto, y solo esto, era tan grato, tan inapreciable, despues de doce horas de bárbaro chapurreo francés en fondas y visitas, que por sí solo explicaba nuestra asidua asistencia.—Allí íbamos, además, porque es menester que sepan Vds., los que me lean (si me leen y si no lo saben), que el restaurant constituye una de las fases más propias y gráficas de la vida parisiense.—El Paris de los bailes, teatros

y soirées, tiene su consecuencia en el París de las altas horas, en el París del restaurant, en París que cena; porque han de saber Vds. así mismo, que eso de las dos únicas comidas francesas es una broma universal, y solo una broma. En parte ni pueblo alguno se cena con más afición, ni con más apetito, ni con más alegría, ni con más puntualidad que en París.—Allí íbamos, pues, también á cenar, con el doble móvil de la práctica española y francesa.—Y por último (y esto es más grave... pero ¿por qué no lo he de decir?), allí íbamos, porque aquel hambre suntuosa; aquellas últimas algazaras del París diario; aquellas desdichadas bellezas que forman, por decirlo así, su esencial motivo; aquella irreflexiva generación masculina que tira allí su último puñado de oro cada veinticuatro horas; aquellos elegantes y esplendorosos salones; aquellas mesas exquisitamente servidas; aquellos bellos ojos ficticiamente iluminados por el ardor de una florida miseria; aquellos trajes, aquellas conversaciones, aquel estrépito, aquellas joyas, aquel ruido que no se sabe si en el fondo es el *de profundis* de una civilización infame, forman un espectáculo tan sorprendente, tan *sui generis*, tan nuevo para el extranjero, que no es extraño vayan á contemplarlo hasta los más austeros caracteres, hasta las más intransigentes experiencias. París tiene una lepra, un contagio por excelencia: la curiosidad. Pues bien: allí íbamos no ménos arrastrados por la más inofensiva, por la más filosófica, pero por la más irresistible de las curiosidades.

Una noche tan fría y brumosa como el día que la precediera, y del que en rigor sólo se diferenciaba por deber al alumbrado alguna más claridad que la que aquel había ofrecido, nos hallábamos en el grato cuartito seis ú ocho compatriotas, de los más constantes entre la habitual exótica concurrencia, y un jóven francés, el vizconde de... (¿qué caballero francés no es vizconde, por lo ménos, y cómo explicar, sinó por un *resábido* histórico, la afición que en las gentes ilustradas de ese país tan democrático, hay todavía á los títulos, á las condecoraciones, á los distintivos y apariencias de clases y alcurnias?) Este señor vizconde nos había sido presentado por uno de nuestros compañeros, grandemente relacionado en la imperial villa, y él va á ser, digámoslo así, el héroe de este relato.

Era un simpático mozo de 25 á 28 años,

alto y fornido, de cabellos rubios, de semblante cuya blancura dejaba entrever el sanguíneo encendido de su epidermis, y de brillantes y movibles ojos azules. No tenía una verdadera figura distinguida (sepan Vds. también que en el país de los figurines no abundan, por regla general, ni mucho menos, las *buenas fachas* masculinas, y que el francés, aun el parisienese, es soberanamente descuidado en el vestir); pero en la natural soltura de sus movimientos, y en la culta facilidad de su fino lenguaje revelava desde luego lo esmerado de su educación y lo selecto de su origen *doméstico*.

Llamábase Luis de... (los Luises son á Francia lo que los Josés á España. Llamad Luis á cualquier francés, y contad desde luego con noventa y nueve probabilidades de acierto) y, en fin, aunque con temporal licencia en la capital, era sargento de caballería en uno de los regimientos de Argelia. ¿Os sorprende este último dato? Por si acaso, allá va, hasta cierto punto, la explicación.

Una de las cosas más difíciles de ser halladas en París por el observador sério, es la *juventud* aristocrática.—La señorita francesa *de buen tono* es una planta que se desarrolla, florece y muere, digámoslo así, en el convento, en el colegio, dentro de los imprescindibles muros de la *pension*. Inútilmente la buscáis en reuniones, fiestas, paseos y espectáculos; porque no le es permitido aparecer en ellos, como parte normal é integrante, hasta que un arreglo de familia, la omnipotente voluntad paterna, el interés de una *sólida* colocación, la hacen cambiar los brazos de las maestras por el seno conyugal; hasta que es casada, en una palabra. La casada es, femenilmente hablando, el grande, el único, el verdadero elemento de la buena sociedad francesa. Nada importan las condiciones morales, la edad, la aquiescencia íntima con que pueda verificarlo; lo que importa en Francia á la mujer, para llegar á serlo verdaderamente, es casarse.

De la misma manera, la juventud masculina de todas las clases acomodadas sufre su respectiva, larga reclusión instructiva. Solo que, cuando sale de ella, en vez de hacerlo para constituir una nueva familia, ó para presentarse al menos con formal constancia en la sociedad, adonde se va derechamente es *al club*. El *club* no es para los jóvenes franceses *du Monde* lo que es en rigor el casino para los nuestros: la ocupación de dos ó tres horas noctur-

nas. El *club* es para ellos la casa, la sociedad, la biblioteca, el centro de negocios, la familia, la principal esfera de acción de su actividad.

Allí comen, juegan, duermen, disputan y viven veinte horas al día.—Apenas si en las restantes tienen tiempo para exhibirse brevisimamente en el hogar paterno, para dar una vuelta á caballo por el bosque de Bolonia, ó para acordarse de la belleza de moda que costean.—Y sobre todo en el *club* tienen que esperar forzosamente, indefectiblemente, el día de la imprescindible bancarota. Porque eso sí; hacer vida *comme il faut* y no arruinarse, perdiendo al naipe cuanto se posee, y aun empeñando la futura herencia, eso sería el colmo del mal gusto, eso sería una lastimosa y despreciable rebelión contra la costumbre, que tiene fuerza de ley, y ningún francés bien nacido lo consiente. El *club* trae, pues, con infalibilidad pasmosa la primera *liquidación* de que todo joven francés necesita para cerrar la parte verdaderamente *épica* de su historia. Y entonces y solo entonces, es cuando se piensa en las otras bagatelas consuetudinarias de la vida; en el casamiento, en el ejercicio de la carrera que se ha seguido, en las especulaciones de la laboriosidad, etc. etc., o, por último, en el ejército de Africa, que es, entre todas las soluciones ofrecidas por la vida parisiense al eterno tipo del joven de buena casa arruinado, la más aceptada.

Y lo es con razón.—El rey Luis Felipe, cuando se decidió á conquistar la Argelia, no pudo sospechar el inmenso servicio que hacia á la respetable clase de los calaveras franceses. Sentar plaza, pasar en Africa media docena de años, cambiar por el uniforme el frac radio por la mesa del juego y manchado por la orgía; batirse con los bravos salvajes por la patria, en vez de hacerlo por la querida mercenaria, ó por el amigo hipócrita; entrar de lleno y á tan poca costa en la salutífera reacción de una viril existencia; aguardar en ella á que un pingüe testamento llame al desterrado á la inolvidable metrópoli, y volver con la insignia de los buenos en el pecho; con grandes probabilidades de encontrarse la mayor parte de las deudas, prescritas, ó la mayoría de los acreedores, extinguidos; con la salvadora ventaja de no haber sucumbido al dramático matrimonio, ni á la prosáica necesidad del trabajo; y en fin, con toda la necesaria aptitud para inaugurar una nueva vida, ó serena ó borrascosa, pero guiada ya por la

adquirida experiencia: ¿concíbese un cúmulo de mayores y más aceptables ventajas?... Y todo esto sin olvidar la posibilidad de un honroso balazo definitivo, que también suele ser la más pronta y la más radical solución *africana*.

Ahora bien: ¿se hallaba el vizconde de... en esa tradicional, inevitable situación de los de su clase, edad y fortuna? ¿Teníamos en él aquella noche un verdadero tipo de los de su especie, que, aunque no raro, inspira casi siempre el trágico interés de lo desastroso? Poco tardamos en averiguarlo, y poco tardará el lector en saberlo.

La *sesión* comenzó, como de ordinario, con cierta frialdad, lógico prelude de los estrepitosos *concertantes* en que acababan. Hablóse primero de lo que primero se habla en todas las reuniones donde no se sabe como empezar á hablar: del tiempo. Convínose en que el que hacia era empeorable. Recordóse que si bien era malísimo, *en cambio* hacia tres meses que era el mismo. Dedújose lógicamente de aquella constancia de las nubes y del frío parisienses, que nada hay mas calumniado que Londres cuando se le atribuye el monopolio de la peor de las atmósferas, y que París podía y debía reivindicar para sí la innegable similitud de sus inviernos con los que sufren los hijos del *espleen*.—Convínose luego en que teníamos el derecho de dudar de la existencia del sol francés, y el de declararle *faccioso*, desde el punto de vista terrestre, visto su sistemático empeño de no aparecer en las esferas *legales* del espacio de su país. A propósito del sol, se recordó que en España brillaba uno con eterna, fecunda constancia, y se entonó, por decirlo así, un himno en loor y recuerdo del sol patrio, llegando el entusiasmo hasta decir un militar que el astro rey *paisano* era la placa de San Hermenegildo del uniforme azul de nuestro cielo.—Pareció el símil algo culterano á cierto poeta que lo escuchaba, y deseoso de poner las cosas en su lugar, dijo que el radiante sol ibérico tenia su explicación natural, como razón determinante de las *morenas* más bellas y más sensibles de la tierra.—Hablar de las españolas era, naturalmente, hablar *de la mar*, era llegar al *crescendo* de la sinfonía, y desde entonces la animación llegó á su colmo, y los pareceres y las afirmaciones y los trozos de acalorada elocuencia brotaron de todos los lábios amenazando no tener fin. Un periodista locuaz, que hacia media hora callaba, cenaba y bebía

del *vieux Macon*, al llegar el debate á aquel punto, exclamó con voz de trueno que dominó á todas: «Estais ¡insensatos! girando en un círculo vicioso. Sobre las españolas no hay discusion posible, porque no hay posible término de comparacion. Nuestra compatriota es *la mujer* por antonomasia; la única mujer que existe, porque es la única mujer que ama. Tended la vista por la faz de Europa. ¿Qué es la francesa? La francesa es un traje elegante. ¿Qué es la inglesa? El complemento de un bonito caballo. ¿Qué es la alemana? Una maestra de amiga. ¿Qué es la rusa? Un ténpano que afecta la humana forma. ¿Qué es la turca? Un pretexto de la poligamia. ¿Y qué es, en fin, la española? Un corazón, y está dicho todo.

Aprobóse por unanimidad la *proposicion*. Y como ya estaba en plena pendiente, la bola siguió rodando, y de las españolas se pasó, naturalmente, á hablar del amor. Las actas de mi memoria consignan algunas de las infinitas consideraciones, más o menos profundas y chispeantes, que allí se dedicaron á este eterno asunto de la humanidad. Pero no se tema que yo aquí las copie íntegras. Solo necesito para el objeto de estos apuntes recordar que uno de los circunstantes, filósofo que desde el abismo de su butaca seguía con lánguidas miradas hasta el techo las blancas espirales del humo de su cigarro, en uno de los raros intervalos de la general conversacion ofreció á la *asamblea*, en forma de trascendental pregunta, el siguiente motivo de discusion:

—¿Cuál es el amor más abominable?

Las respuestas no se hicieron esperar.

—Ninguno, dijo un optimista. El amor, por el mero hecho de serlo, lleva en sí mismo la bondad de una dicha relativa. Anoche oí en el Gimnasio á *Mad. Aubray*, la ya célebre heroína de Dumas hijo, decirlo: *il faut aimer, n'importe qui, n'importe quoi, pourvu qu'on aime*.

—Señores, el amor más abominable, añadió un chusco, es el amor sin una peseta (y no es alusion); es el estólido *pan y cebolla* del romanticismo. Está aprobado.

—No hay amor que no sea execrable, insinuó un estóico, porque amar es ser débil.

—El amor que me parece más digno de ser cordialmente detestado, afirmó un solteron recalcitrante, es el que conduce á la vicaría. El amor legal.

—¡Ay! exclamó un *Tenorio* melancólico; amad la fruta del cercado ajeno, vivid por

una mujer y para una mujer enredada por toda una eternidad en los frios brazos de otro, y entonces y sólo entonces comprendereis el amor abominacion.

Y como estas, se aventuraron cien reflexiones más. El único que no despegaba sus labios, siu embargo de que por su actitud parecia seguir con gran interés la conversacion (interés compatible con el que á cada instante le inspiraba su siempre llena y siempre vaciada copa), era el vizconde.

Yo, que no habia tenido el valor de expresar mi opinion sobre cuestion tan grave, tuve, sin embargo, el de excitar á nuestro francés á darnos la suya, diciéndole:

—Y Vd., amigo vizconde, ¿nada dice? ¿Cuál cree Vd. que es ese verdadero amor horrible que estos señores se esfuerzan por definir? ¿Ha sido Vd. acaso tan afortunado hasta ahora, que no conozca más que las buenas especies de esa reina de las pasiones?...

Una extraña sonrisa se dibujó en los labios de mi interpelado; brillaron sus ojos repentinamente con un relámpago, como si todo espíritu de la botella de Jerez que habia consumido acudiese á sus órbitas, y con reposado acento y en el más correcto francés clásico del faubourg Saint Germain, contestó:

—Todo cuanto á estos señores he tenido el gusto de oír, me ha hecho creer que juzgaban el amor á *la española*, con filosofía, con gracejo, con instintos, con puntos de vista inconscientemente *españoles*, es decir, ajenos y contrarios á lo que yo siento y comprendo en el asunto. Por eso no he tomado parte en la conversacion. Pero ya que se me pide mi parecer, lo diré en pocas palabras; yo creo, señores, que todos Vds. desconocen el amor verdadero y supremamente abominable; porque yo creo que ninguno de Vds. conoce el verdadero amor *parisiense*.

—No es extraño, vizconde, ¿suele ser tan caro! dijo uno.

—Pero invocais á un mitho, amigo mio, añadió otro. Si Paris fuese *susceptible* de algun amor, Paris no existiria.

—Señores, gritó el filósofo promovedor de la discusion, dejemos hablar al vizconde. Su tesis necesita una explicacion, y yo, en nombre de todos, le ruego que nos la dé, empezando por decirnos qué es lo que á su juicio debe entenderse por el amor *parisiense*.

Luis contestó:

—Me apresuro á reconocerme sin fuerzas para dar á Vds. esa explicacion prévia. Yo no improviso *poemas*. Pero si Vds. lo quieren, acaso podré ofrecerles la verdadera definicion de *mi especie*, refiriéndoles en breves instantes y á grandes rasgos un caso del *amor de París*, en que yo tuve la desventura ó la fortuna (que eso lo dirá luego la moraleja del sucedido), de jugar el papel más principalmente lastimoso.

La respuesta fué naturalmente una protesta unánime del gusto con que seria escuchado. Y con efecto, en medio de un religioso silencio, comenzó el vizconde su narracion en estos ó parecidos términos, salvo el idioma:

«Hace cinco años pagaba yo cierta noche mi cena en Tortoni, con la última moneda de veinte francos que habia salvado del naufragio de una partida de juego en el Jockey-Club. Salí en seguida del restaurant, poseido de esa mortal melancolía que nos infunde el hallarnos sin blanca, y como el recogerse á las dos de la noche era entonces para mí acostarse con las gallinas, tomé lenta y desesperadamente el camino de mi casa.

Cruzaba el boulevard, y al pasar por delante del *café inglés*, á través de cuyas ventanas se escapaban los ecos de sus alegres moradores, una mujer salió precipitadamente de la puerta, y dirigiéndose con anhelosa carrera hácia mí, se agarró temblando á mi brazo. Sin darme tiempo á mirarla ni á dirigirla mi primera palabra, un hombre de figura atlética y en cuyo descompuesto traje y paso inseguro lucía asquerosamente la embriaguez, salió tras ella y la asió con brutal fiereza por la cintura, gruñendo con voz de contrabajo:

—¡No te me escaparás, víbora!...

—Oh, caballero, no me dejéis ir, murmuró entonces con dulcísima voz á mi oído *la perseguida*, mientras que se asia con entrambas convulsas manos á mi brazo.

(Se continuará.)

Salvador Lopez Guijarro.

EL PAIS INUNDADO.

(A mi querida madre.)

AYER.

I.

Era un valle delicioso

Cabe orillas del Segura,
Constante estio ardoroso,
Flores mil en la llanura,
Rico ambiente, prado umbrroso.

II.

Llanuras encantadoras
Con cien gentiles palmeras,
Y brisas murmuradoras,
Y fuentecillas sonoras
Vida dando á las praderas.

III.

Campiña alegre, frondosa,
Cuajada de gayas flores,
Dó pintada mariposa
Llega, vesa, sus primores
Liba, y elévase airosa.

IV.

Árboles siempre floridos
Con rosas entretegidos,
Esparciendo olores suaves,
Y en cuyas copas las áves
Bordaron sus blandos nidos.

V.

Campo de bruñida planta
Donde el Sol resplandeciente
Manojos de luz desata,
Y del rio en la corriente
Su dorada faz retrata.

VI.

Todo encanto y poesia
Y vida todo y belleza
Que absorben la fantasía,
El hombre, allí se extasia
Ante la naturaleza.

VII.

Tal el florido vergél
Se contempló ayer risueño,
Más hoy, fuera loco empeño
Buscar encantos en él;
¡Ha pasado como un sueño!

HOY.

De nubes el horizonte
Se cubre ocultando el Sol
Que antes inundaba el monte
Con sus tintas de arrebol.

I.

Yá la oscuridad aumenta,
Ruje el trueno fragoroso
Que á los mundos amedrenta,
Y en el rayo pavoroso
Enciéndese la tormenta.

II.

Desbordada la corriente
Y bramando airada, cierra
Contra la espantada gente,
Y á multitud inocente
En olas de fango entierra.

III.

Todo su ímpetu lo allana,
Y doquior se extiende ufana
De colinas á colinas,
Lágo es la huerta lozana
Y las aldeas son ruinas.

IV.

Ahogada la madre en llanto.
Y de pesadumbre llena,
Busca de su alma el encanto,
Y tras de largo quebranto
Solo álla un muerto en la arena.

V.

El corazon desgarrado
Por el peso del dolor,
Póstrase amante á su lado
Prestar queriendo calor
A aquel ser inanimado,

VI.

No pudiéndolo lograr,
Hecha pedazos el alma
Sin lágrimas que llorar,
Busca del hogar la calma
Pero ¡ay! no encuentra su hogar.

VII.

Que el destructor elemento,
Cuanto álla al paso derrumba
No descansando un momento,
Y hasta el mas hondo cimiento
Convierte en fúnebre tumba.

VIII.

Cualquier punto al recorrer,

Állanse en cunas de cieno
Niños míseros, que ayer
Soureian junto al seno
De aquella que les dió el sér.

IX.

Su desventura al mirar
Y su modo de sufrir,
Y su estado al contemplar,
Han hecho al alma llorar
Y á la humanidad sentir.

X.

Si nuestros hermanos son,
Si su dolor conocemos,
Prestémosle proteccion
Al que vive; una oracion
Por el que ha muerto recemos.

Antonio Gascon.

Madrid, Marzo 1881.

LIBROS, PUBLICACIONES RECIBIDAS Y CORRESPONDENCIA.

Viages aéreos por Camilo Flammarion. Madrid, libreria de A. de S. Martin, Puerta del Sol-6. Precio 16 reales.

Pertenece este libro al género de los de Julio Verne, con un atractivo de que carecen los del célebre novelista francés; el de la verdad. Los relatos de Flammarion son, como su autor se complace en conseguir en la primera página, «sencilas impresiones de viajes en globo,» destituidas de aparato científico, en las que describe, con brillante colorido y estilo siempre ameno y agradable, las múltiples perspectivas y paisajes aéreos que en sus doce viajes por las regiones de la atmósfera tuvo lugar de admirar el ilustre sabio francés, que demuestra ser un hábil narrador. y que logra desde las primeras líneas cautivar la atención de sus lectores. A ello contribuye no poco el asunto y los curiosísimos detalles en que abunda la descripción de cada una de las ascensiones: estas fueron doce como queda indicado, verificadas á distinta hora y en circunstancias diversas, y en todas ellas se nota el talento observador y el entusiasta culto que á la ciencia profesa Mr. Flammarion. ¡Sólo á él pudiera ocurrirle la originalísima idea de pasar en globo, —si bien acompañado de su esposa, la

intrépida Mad. Camila,—la luna de miel!... El amor animando á la ciencia.

El libro, elegante impreso, va precedido de un prólogo, de D. Manuel Becerra, y lleva al final tres extensos apéndices titulados *Observaciones científicas, la dirección de los globos y las víctimas de la aerostacion.*

La Moda Elegante Ilustrada.—Las señoras que quieran conciliar la economía en el vestir con una elegancia que corresponda á su respectiva posición social hallarán la solución del problema suscribiéndose á *La Moda Elegante Ilustrada* porque, sobre ser éste un periódico que se confecciona en París, lo cual garantiza la perfecta autenticidad y buen gusto de sus modelos, abraza además todo aquello que es indispensable en las casas de familia bien regidas, sin descuidar nada absolutamente de lo que interesa á la *toilette* de las Señoras, Señoritas y niños.

El crédito que en sus 39 años de existencia há adquirido este completísimo semanario, dedicado al bello sexo, evidencian el celoso empeño que su Empresa ha tenido y tiene en corresponder al favor que las Señoras madres de familia le dispensan, haciendo de *La Moda Elegante Ilustrada* su periódico predilecto. El motivo de esta preferencia, nunca desmentida, reside en que no sólo atiende esta publicación al materialismo de dar á conocer con artístico esmero los últimos modelos que crea la fecunda inventiva parisiense, sino que da un lugar muy preferente en sus columnas á todo lo que puede influir en la buena educación de una Señorita, resultando que la colección de sus números forma cada año un bellissimo Album ilustrado, que así puede figurar en el gabinete de la dama aristocrática como en la mesa de labor de la Señorita de mas modesta posición.

La atendible circunstancia de hacer cuatro ediciones, cuyos precios varían desde 6 á 14 rs. al mes en Madrid, contribuye eficazmente á que este periódico; útil y hasta necesario, pueda ser adquirido por toda madre de familia que desee que sus hijas vistan con elegancia sin rebasar los límites de una economía bien entendida, y evitarse al propio tiempo el gasto de profesoras para la enseñanza de toda especie de labores, y señaladamente del *corte de prendas de vestir.*

A fin de facilitar la ejecución de este ramo, tan interesante para las Señoras,

publica cada año *La Moda Elegante Ilustrada* más de 1.000 patrones de vestidos, abrigos, manteletas, confecciones, trajes para niños, etc., con la oportunidad y exactitud matemática que tiene justificadas en la larga serie de años que lleva de publicarse.

Las Señoras que no conozcan este indispensable periódico pueden pedir un número por vía de muestra, que les será remitido gratis, dirigiéndose al Administrador de

LA MODA ELEGANT ILUSTRADA,
CARRETAS, 12, PRINCIPAL MADRID.

Advertencia.—La Empresa de *La Moda Elegante Ilustrada* es la misma que publica *La Ilustración Española y Americana*, circunstancia que le permite conceder una rebaja de 25 por 100 en el precio de *La Moda Elegante* á toda Señora que se abone á ambas publicaciones.

La Ilustración Militar.—Esta importante y magnífica publicación digna de todo el favor del público ilustrado ha visitado nuestra redacción y para que nuestros lectores formen concepto de su mérito, solo diremos que el núm. 6, del año II, contiene notables trabajos técnicos y literarios de los Sres. Naderiaga, General Bugarán, Argüelles, Brigadier Araujo, general Ros de Olano, Bonelli y Garcia Martin y magníficos grabados entre otros los retratos de los Generales Blanco, Valdés y Oreiro y la escena final del 2.º acto del *Gran Galeoto* de Echegaray.

CORRESPONDENCIA.

Dr. L. de la V.—Madrid. Recibidos sus variados originales. Quedamos agradecidos.

D. A. R. G. V.—Madrid. En el número pasado se publicó su poesía, puede enviarnos cuanto guste.

D. A. G. y G.—Madrid. Recidas las quintillas que se insertan en el presente número. Urge el prólogo.

D. P. R. y S.—Camarillas. ¿Cuándo viene el prometido cuento fantástico?

D. F. de La—L. Madrid. Aceptadas con agradecimiento sus correspondencias y se le remitirá la REVISTA. Puede comenzar á escribirlas cuando guste, teniendo en cuenta el carácter de esta publicación.